

¿DE QUE SE MUEREN LOS ETIOPIES?

EL 21 de febrero de 1974, mientras las masas populares del Mercado —el barrio del mercado de Addis-Ababa— ocupaban las calles y apedreaban los coches, el Ghion, uno de los más lujosos hoteles de la ciudad y sobre todo el mejor protegido, puesto que es el que más próximo se encuentra al palacio imperial, se transformaba en una especie de abarrotada leonera: temerosos de verse atacados en sus residencias particulares, los ricos burgueses de la capital acudían a refugiarse allí, y se encerraban cinco o seis en cada habitación.

Aparentemente, el pánico no estaba justificado. Los manifestantes no salían prácticamente del Mercado, donde reinaba una atmósfera festiva más que de rebellón, y se mostraban, por lo demás, corteses. Yo me disponía a llevar a casa en mi coche a unos amigos que vivían en ese barrio. Alguien me mandó parar en una avenida que abocaba en él directamente, y me explicó cortésmente que si continuaba en aquella dirección, me exponía a recibir algún adoquinazo; di media vuelta, y mis amigos regresaron a pie tranquilamente. La policía hacía acto de presencia, pero intervenía

poco y se contentaba con disparar al aire para dispersar a los más agresivos. Se produjeron algunas víctimas; sin embargo, por ambas partes se trataba de evitar cualquier enfrentamiento directo. Así, dos días más tarde, el sábado 23, el problema parecía ya en vías de solución. El rey de reyes —como dando la razón a Michel Lairis, quien

LA FRAGILIDAD DEL ESTADO

Sin embargo, los temores de los ricos tenían un fundamento serio y traducían una exacta apreciación de la situación por más que resultase difícil prever los posibles rebotes de un movimiento lanzado por los taxistas descontentos del alza del precio de la gasolina. (En Ad-

bierno y especialmente el ministro del Interior habían decidido repartirse los beneficios con las compañías petroleras Agip y Total. A ese nivel, la venalidad deja de ser individual y accidental para convertirse en característica de un sistema. El hecho de que la población comenzase a darse cuenta de lo que estaba pasando el país debía, lógicamente, inquietar a los peces gordos.

Si la huelga de los taxis pudo tener un impacto semejante, ello se debe a que brindaba la oportunidad de protestar contra el aumento espectacular de los precios de los productos de primera necesidad a gentes que, o bien no disponían de medio alguno para presionar sobre las autoridades declarándose en huelga —parados, limpiabotas, paisanos hambrientos llegados a la capital en busca de trabajo— o bien no podían permitirse el riesgo de perder un salario por ridículo que fuera: hay salarios de 30 dólares etíopes al mes, suma insuficiente para alimentar a una familia y alquilar una de esas innumerables cabañas que, entre los inmuebles modernos, forman el auténtico tejido conjuntivo de la ciudad. La huelga de taxistas daba también a los estudiantes

Jean Lefevre

ya lo observara hace más de cuarenta años en su «Afrique fantôme», cada vez se parece más a un personaje del museo Grévin— tomaba un baño de multitud (1) y era aclamado por los manifestantes de la víspera. A los ojos de la población, el Negus sigue siendo intocable: es sólo su séquito el que está corrompido. ¿No hemos oído también nosotros esa misma canción?

(1) Un baño de multitud muy distinto de los que tanto complacen a los presidentes de los países de Occidente: el Negus avanzaba a pasos contados, sin que nadie se atreviese a acercarse a él.

dis-Ababa, uno se desplaza fácilmente y con un gasto mínimo gracias a los taxis, que por un precio uniforme, le llevan a usted más o menos a su destino en compañía de otras personas que van en la misma dirección.) Esos disturbios iniciales eran, sin duda, circunstanciales, pero su espontáneo desencañamiento y el éxito que esto representaba, incitaban a ir más lejos y ponía al descubierto la fragilidad del Estado. El aumento de un cincuenta por ciento en el precio de los carburantes, cuando Etiopía había firmado acuerdos directos con la Arabia Saudita, resultaba escandaloso: era evidente que el go-

¿DE QUE MUEREN LOS ETIOPESES?

y profesores, que llevaban en huelga desde el 18 de febrero, la posibilidad de potenciar sus reivindicaciones, fundiéndolas en el movimiento general de protesta. Profesores y alumnos se oponían a una reforma escolar elaborada por un experto americano y tendente a reducir el número de estudiantes y, posteriormente, el de profesores; según dicho programa, los eliminados en las pruebas de selección habrían de orientar su actividad hacia los trabajos agrícolas. Dada la situación campesina, el proyecto en cuestión no podría sino aumentar el paro. Y responder que la universidad también engendraba parados sólo equivale a reconocer que el pretendido remedio no haría más que desplazar el mal.

LA NEGATIVA DE LOS PARACAIDISTAS

Pero el mal parecía haber contagiado incluso a los militares, que constituyen, a pesar de todo, una categoría privilegiada: en Debré Zeit, a varios kilómetros al Sur de Addis-Abeba, donde está acantonado el ejército del aire, los pilotos querían despegar para sobrevolar la capital y lanzar sobre ella octavillas revolucionarias: el ejército de tierra les frustró la maniobra. En otras localidades se declaraban en huelga soldados y oficiales subalternos, que deseaban un aumento de sueldos, mientras que los paracaidistas se negaban a acudir a los distintos cuarteles a restablecer el orden.

Durante aquellos dos o tres días se hizo evidente que la mínima fisura no podía sino agrandarse, y que cualquier intento de taponamiento no podía ser sino provisional. Pero la expansión entrañaba sus propias contradicciones: las diversas situaciones de descontento no eran convergentes (2), lo que permitía al gobierno o en cualquier caso, al emperador —cuyo veredicto aguardaba todo el mundo—, un cierto margen de maniobra. Además, resultaba difícil obtener una visión de conjunto de la situación: la radio y la prensa, totalmente amordazadas, silenciaban los acontecimientos, y corrían por el país todo tipo de rumores.

El sábado 23, el gobierno intentaba dar una de cal y otra de arena. Por un lado, daba a la policía la orden de «disparar contra los revoltosos», a consecuencia de lo cual, al día siguiente resultarían muertas tres personas, mientras que, por otro lado, la aplicación de la reforma escolar quedaba relegada para más tarde; a la prensa se le concedía una libertad muy relativa;

(2) Los conductores de autobuses también se declararon en huelga..., pero porque tenían verse apedreados por los manifestantes. Exigían la vuelta al orden.

el gobierno se declaraba dispuesto a aumentar los sueldos de los profesores a condición de que éstos cesaran en su actitud huelguista; se rebajaba el precio de la gasolina y los taxis comenzaban de nuevo a funcionar el lunes. El ministro del Interior creía poderse negar a dar cualquier explicación sobre la situación política, ya que, en su opinión, estaba «en vías de normalización».

Antes de que pasara mucho tiempo

tenen a su comandante y al gobernador de la provincia. Pero la rebelión parece ir contra los ministros y no contra el emperador, hacia el cual los amotinados afirman su lealtad presentándole sus reivindicaciones: aumento de sueldos y diversas ventajas sociales. En los días siguientes, el movimiento se extiende a otros cuerpos del ejército, aunque sin violencias. El gobierno dimite entonces; el emperador nom-

rebeldes. En 1966, una bomba explota en un cine de Addis-Abeba, donde se halla presente Haile Selassie; varios militares, responsables del atentado, y de dos de ellos, entre ellos un general, son condenados a muerte. En 1969 se frustra otro complot. «El ejército —declara el nuevo primer ministro poco después de su nombramiento— es el pilar de la Etiopía moderna». ¡Un curioso pilar, ya lo hemos visto! Además, ¿se puede hablar de «el ejército»? En el ejército coexisten corrientes diversas, y cualquiera que tomase el poder lo haría tanto contra sus competidores como contra los dirigentes actuales.

Durante esas jornadas de febrero y marzo ha reinado la impresión de que ninguno de los «clanes» militares deseaba llegar al límite de su acción, a una prueba de fuerza, y que todos ellos trataban, por el contrario, de situarse ventajosamente, a prepararse para el día —que no puede estar muy lejano: el Negus, amo de Etiopía desde 1916, tiene más de ochenta y dos años— en que se abra el proceso de sucesión. Es cierto que existen en el seno del ejército no sólo luchas de facciones, no sólo una cierta contestación de una jerarquía juzgada con frecuencia incapaz y corrupta, sino también un movimiento más radical que denuncia la autocracia y exige una reforma agraria, una redistribución de las tierras. Pero quienes forman parte de este movimiento —pilotos del ejército del aire principalmente— son minoría: cuando, a principios de abril, esos aviadores proyectaron un ataque contra el palacio imperial, vieron frustrada su maniobra por otros militares.

Ahora bien, ocurre —y se trata de una novedad— que la agitación ya no se limita al ejército. Y si desborda los cuarteles, no es para extenderse únicamente a la universidad. La contestación estudiantil no data, por otro lado, de 1974. Desde hace unos diez años, policías y estudiantes se enfrentan mutuamente con cierta periodicidad; en 1969, los policías dispararon contra una manifestación de estudiantes, doce de los cuales resultaron muertos. Pero esos disturbios apenas si hallaban eco entre la población, y la prensa jamás decía nada al respecto.

Existía un profundo desfase entre el universo escolar y universitario y el de la mayoría de los etíopes, desajuste que no facilitaba a los estudiantes de enseñanza media ni a los universitarios la tarea de comprender y resolver los problemas de su país. Si bien los estudiantes constituyen la corriente de oposición al régimen más profunda de todas, si bien son los estudiantes sus más duros críticos, los métodos de enseñanza a los que están sometidos y los programas adoptados del exterior, especial-



po se comprobó, sin embargo, que las cosas no eran así de sencillas. Resultaba imposible la vuelta al statu quo anterior, puesto que se había demostrado su fragilidad y porque, por otro lado, el ejército había dejado de ser un bloque monolítico. El martes 26, la décima división toma el control de Asmara, capital de Eritrea; paralelamente, los marinos se hacen con el poder en la base naval de Massaua. Ambas operaciones se llevan a cabo con pleno éxito por oficiales subalternos que de-

bra a un nuevo primer ministro y aumenta los sueldos en un 25 por ciento. Esta medida parece silenciar a la mayoría de los rebeldes uniformados, pero el problema sigue irresuelto.

Desde hace tiempo, el ejército ansía el poder. En 1960, un grupo de oficiales trata de hacerse con él durante un viaje del Negus al Brasil; pero la población no los sigue, y el asunto es rápidamente solucionado con el apoyo del clero, que amenaza con excomulgar los



mente de los Estados Unidos, no se adaptan, en absoluto, a las estructuras del país, a las aspiraciones, las mentalidades y el modo de vida de los etíopes. El método normalmente utilizado es el del «test», de origen americano: se trata únicamente de señalar con una cruz la respuesta correcta, que el estudiante debe haber aprendido de memoria. Un escolar puede saber, por ejemplo, cuál es la longitud de un río de América, pero no podría representarse cuál es su magnitud con relación al entorno etíope. En una palabra, la enseñanza no da a quien la recibe la posibilidad de formarse una idea coherente de lo que le rodea. El resultado de todo ello es un cierto «arrivismo» por parte de muchos estudiantes, que reniegan de sus orígenes y consideran inferiores a los demás miembros de su familia. A pesar de la sinceridad de su comportamiento contestatario, esos jóvenes están desgarrados entre el deseo de que se produzcan en el país cambios profundos y el de acceder a un estatus profesional gracias al cual integrarse en el sistema.

La no edad radica, pues, en la magnitud imprevista del movimiento rebelde. En marzo, los disturbios, que habían comenzado en la capital y unas pocas ciudades importantes, se extendieron por la provincia. Se ocuparon despachos municipales, fueron detenidos miembros de la policía, y a gobernadores provinciales se les obligó a huir y refugiarse en Addis-Abeba. En la misma capital, por una especie de efecto de boomerang, las manifestaciones se reanudan y se multiplican. El 7 de marzo, los sindicatos declaran la huelga general (3). No es que les preocupase demasiado la revolución, pero se vieron obligados a seguir a los estudiantes y a los jóvenes parados. En abril, estos últimos apoyan una ma-

nifestación organizada por los musulmanes, que reclaman igualdad de derechos con los cristianos coptos y supresión de los privilegios concedidos a la Iglesia cristiana oficial. Sin duda que para muchos huelguistas se trataba ante todo de conseguir ventajas salariales semejantes a las conseguidas por los militares, y no de derrocar al régimen. Sin embargo, se había abierto una vía y se había dado, sobre todo, un ejemplo a seguir.

Lo importante es que a partir de abril la agitación no es ya obra exclusiva de un pequeño sector de trabajadores urbanos (o de parados), de militares y policías mimados por el régimen, de estudiantes con aspiraciones suscitadas y reprimidas a la vez por un esfuerzo de modernización, parcial cuando no es simple fachada; a partir de abril, la agitación afecta incluso a aquellos cuya pasividad había sido hasta entonces la mejor garantía del régimen, cuyos cimientos pueden socavar ellos solos, y que constituyen la inmensa mayoría de los súbditos del Negus: a saber, los campesinos. Para darse cuenta de esta realidad basta con explicar que los empleados y los militares reclamaban aumentos salariales que la clase dirigente no les podía conceder más que deduciendo una parte de los ingresos que obtenía de la explotación del campo. De modo que unos y otros se beneficiaban indirectamente de esa explotación, un poco como las clases obreras europeas se han aprovechado de la colonización.

La comparación parecerá forzada en la medida en que nuestra concepción centralizadora de la sociedad nos hace considerar Etiopía como un colonial por el simple hecho de que no ha caído bajo la férula de los europeos. No existe, a nuestros ojos, colonización interior (¡por más que las ideas comiencen a cambiar al respecto...). Preferimos hablar de unificación. De hecho, la unificación de Etiopía central bajo el dominio de la etnia amara ha constituido una colonización en distintas regiones, y reciente, además, en algunas de ellas. Las

provincias meridionales, por ejemplo, seguían siendo independientes hace menos de un siglo. Sus habitantes hablaban y siguen hablando lenguas distintas entre sí y diferentes de las lenguas habladas por los amaras y los gallas, los dos grupos dominantes, cuyas relaciones, conflictos y compromisos constituyen la historia de los reinos etíopes, que desde la Antigüedad se han ido extendiendo poco a poco hacia el Sur.

Addis-Abeba fue fundada a fines del siglo pasado. Pero los negros del Sur habían formado pequeños principados independientes o lo que se conoce con el nombre de sociedades «segmentarias», y habían desarrollado su propia cultura. Viviendo en las fértiles altiplanicias de clima templado, esos negros se convirtieron en blanco de las apetencias de las potencias coloniales que en el siglo pasado se repartían África. Se trataba, principalmente, de los italianos y los británicos, que habrían podido establecer allí una colonia «de poblamiento». Pero Menelik II, el Negus de entonces, se les adelantó con ayuda de los franceses, y como el mayor de los colonialistas conquistó la región. Allí estableció a sus soldados, a sus administradores, a quienes siguieron los comerciantes, y despojó a los campesinos de una buena parte de sus tierras en beneficio de sus propias gentes, de modo que hoy por hoy los grandes terratenientes son y se ufanan de ser ajenos a las poblaciones locales, a las que desprecian como «salvajes» y «paganas».

En resumidas cuentas, la conquista tuvo como resultado la implantación en el Sur del mismo régimen feudal que en las demás provincias, en las que una aristocracia terrateniente, frecuentemente absentista, se reparte con el apoyo pero también en competencia con la administración central, que el emperador reforzó después de la segunda guerra mundial, los frutos de la explotación de los campesinos. Sin duda, estos últimos no son todos colonos, pero los pequeños propietarios, cuya proporción varía

según las provincias, no trabajan las mejores tierras, y sus cosechas les da justo lo suficiente para vivir... y pagar los impuestos. En cuanto a los colonos, su suerte no podría ser más miserable: las tres cuartas partes de la cosecha va a los propietarios, y con el cuarto restante hay que pagar los impuestos. Añadamos que el rey de reyes es, en principio, propietario de todas las tierras, y que de vez en cuando distribuye algunas entre sus leales servidores, quienes no se consideran emperadores obligados a explotarlos. No olvidemos tampoco el papel de la Iglesia ortodoxa, de la que el emperador es, junto con el patriarca, jefe supremo. La religión funda el derecho divino del poder imperial, pero la Iglesia asienta su poder espiritual en un sólido poder temporal: sus bienes muebles suman una tercera parte de las tierras.

Solamente si tenemos en cuenta esta situación, comprenderemos la auténtica naturaleza del hambre que reina en diversas provincias, y es precisamente esa la razón por la cual el poder central ha hecho todo lo posible por ocultar la gravedad al resto del país y al mundo exterior. Las responsabilidades de la clase poseedora y del gobierno en el desastre son demasiado evidentes. El hambre en Etiopía no es lo mismo que en el Alto Volta, en el Níger o en el Malí, por ejemplo. En estos países, las responsabilidades políticas son ciertas, pero se sitúan sobre todo al nivel de la ayuda a los siniestrados, de su utilización, de su reparto; las tierras son allí pobres y los años de sequía sólo podían acarrear la miseria, independientemente del régimen en el poder.

En Etiopía, lo escandaloso es que las gentes mueren de hambre en tierras ricas y fértiles, y que existen excedentes agrícolas que permitirían socorrer a quienes viven en regiones más miserables (4), pero que se utilizan para la especulación, que se venden caro a quienes tienen dinero y no tanta necesidad. De todas formas, aun cuando el pequeño propietario puede satisfacer sus necesidades más elementales y el colono se hace acreedor a la cuarta parte de su producto, la situación no es fácil, ni siquiera cuando los suelos son fértiles, y cobra caracteres dramáticos cuando la cosecha es menos buena.

¿Se argüirá que contra la sequía no hay nada que hacer? Pero en el Wollo y el Tigré, las provincias más

(4) En el caso de los afars, sobre todo, nómadas que viven en las regiones áridas, la negativa a socorrer a los siniestrados roza el genocidio. No se trata, sin embargo, de una novedad: cuando la epidemia de cólera de hace tres años, el gobierno les había denegado de liberadamente su ayuda.

7%

para empezar

Siete por ciento es el interés que su inversión recibe de entrada.
Es a partir de aquí cuando Ud. empieza a beneficiarse realmente.
Los Bonos de Caja del BIC siempre terminan dando más de lo que prometen.
Ud. puede comprobarlo por sí mismo, siguiendo la evolución de nuestros Bonos.
Si Ud. busca un futuro rentable y seguro para su dinero, hágalo empezar con nosotros al siete por ciento.

Venga al Banco Industrial de Cataluña, llámenos por teléfono o pidanos información escrita. Llegaremos hasta donde esté usted y estudiaremos su caso concreto. También puede solicitar información y consejo en Banca Catalana, y en cualquier Banco, Caja de Ahorros, Agente de Cambio y Bolsa o Corredor de Comercio.

Banco Industrial de Cataluña en:

BARCELONA-7
Paseo de Gracia, 45
Tel. 215.69.00

BILBAO-9
Alameda de Recalde, 27
Tel. 43.73.08

LERIDA
Avenida del Caudillo, 43
Tel. 23.62.40

MADRID-10
Glorieta Rubén Darío, 5
Tel. 419.81.50

MURCIA
Avda. General Primo de Rivera, 17
Tel. 23.30.54

VALENCIA-3
Plaza Alfonso el Magnánimo, 5
Tel. 21.13.35

ZARAGOZA
Canfrane, 22-24
Tel. 21.96.04

FINANCING, S.A. entidad colaboradora del Banco Industrial de Cataluña le atenderá en:

CORDOBA
Cruz Conde, 12, 1.º
Tel. 22.59.58

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
P.º Tomás Morales, 3, 4.º
Tel. 22.22.38

SANTIAGO DE COMPOSTELA
Carrera del Conde, 17
Tel. 58.18.59

Deseo recibir más información por correo.

Deseo la visita de un asesor.

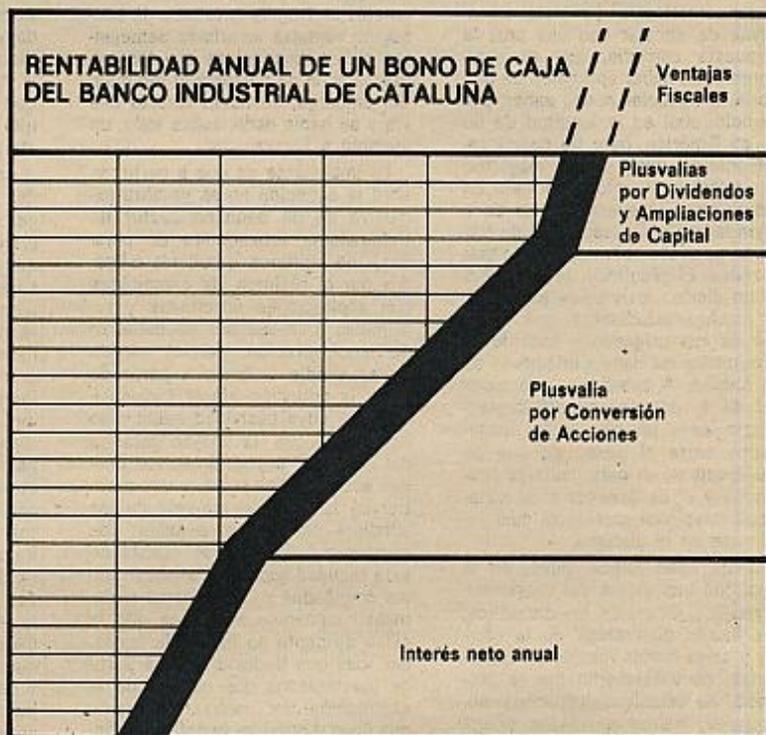
Nombre

Dirección

Población

Tel. LTR

RENTABILIDAD ANUAL DE UN BONO DE CAJA DEL BANCO INDUSTRIAL DE CATALUÑA



BANCO INDUSTRIAL DE CATALUÑA

BONOS DE CAJA

7%

para empezar

BARCELONA, BILBAO, LERIDA, MADRID, MURCIA, VALENCIA, ZARAGOZA

¿DE QUE MUEREN LOS ETIOPESES?

afectadas, existen corrientes de agua permanentes, y hace ya tiempo que podría haberse instalado pozos de agua potable. Es decir, que las causas del hambre son sociales y políticas —la política consiste, en este caso, en perpetuar el sistema social— antes que naturales. El hambre presenta también un aspecto que podríamos calificar de cultural. En el Sur se puede compensar una mala cosecha de cereales gracias al «ausete», ese falso plátano que es totalmente comestible y que crece fácilmente. Pero es ése un alimento de «salvaje», bueno para negros «sin civilizar», y que repugna a los del Norte, quienes, aun cuando sometidos a explotación, se consideran una raza superior.

Lo que ha hecho empeorar la situación han sido, sin embargo, las causas sociales: tras una serie de malas cosechas, los campesinos se vieron obligados a consumir los granos que normalmente se reservan como semilla, ya que no disponían de medios para comprar en otra parte y nadie les repartía nada; ante la sequía persistente vendieron muchos de ellos sus tierras a grandes propietarios de Addis-Abeba, que no dejaban escapar la ocasión, porque las tierras se ofrecían a bajo precio. El escándalo resultaba tan patente que el emperador hubo de publicar un comunicado en el que se anunciaba que las tierras adquiridas en semejantes condiciones debían ser restituidas. Cabe preguntarse, sin embargo, si va a ponerse en práctica este loable propósito.

Durante largo tiempo, el poder ha tratado de mantener el país sumido en la ignorancia, y en cualquier caso en la impotencia: así, por ejemplo, impidió a los profesores y los estudiantes, que sabían lo que ocurría en el país, el que lo dieran a conocer y organizaran una campaña de auxilio. La persistencia y el agravamiento de la catástrofe no le han permitido, sin embargo, continuar su política de silencio. A partir de abril de 1973 comenzaron a difundirse informaciones en torno a la situación, y se establecieron distintos programas de socorro. Pero al gobierno no le interesaba que se supiese el nombre de los auténticos responsables. Así trató de impedir a quienes huían de las provincias siniestradas que llegasen a Addis-Abeba o a otras grandes ciudades, y abrió una serie de campamentos para aislar a los refugiados de modo que sus voces de protesta no pudieran ser oídas.

Por esa misma razón, el gobierno rechazó en más de una ocasión la ayuda que estaban dispuestos a ofrecerle otros países. Un grupo de escandinavos, por ejemplo, llegaron por avión a la capital de una provincia meridional. A bordo llevaban una partida de trigo que se proponían transportar más al Sur, donde el propio gobierno etiope ha-

bía reconocido que reinaba el hambre. Los escandinavos tenían en su poder todo tipo de autorizaciones gubernamentales, pero el gobierno provincial hizo uso de toda clase de medios dilatorios, exigió nuevos documentos que sólo podían obtenerse en Addis-Abeba. Finalmente, después de varias idas y venidas, los escandinavos se quedaron sin gasolina, no pudieron reabastecer sus depósitos y se vieron obligados a volver a su país sin haber hecho entrega del trigo, que actualmente se pudre en el aeropuerto. No se trata de un caso único. Inversamente se concedieron toda clase de facilidades a ciertos enviados especiales extranjeros para fotografiar y filmar las regiones siniestradas, pero no sin antes haber entregado al gobierno una fuerte suma.

La incapacidad y la corrupción son, pues, manifiestas, y los campesinos saben que, conmovido en sus cimientos como está el poder, les resultará más fácil hacerse oír. Ahora han tomado el relevo de los revoltosos urbanos y expulsan o rechazan a los representantes del gobierno que han abusado de sus poderes y que se han enriquecido a costa del pueblo. Al mismo tiempo hacen llegar sus quejas a la administración central: protestan por todas las injusticias que se han visto obligados a sufrir desde hace años, y a la cabeza de las cuales ellos colocan la desposesión de sus tierras. Incluso el bajo clero de las zonas rurales ha amenazado con declararse en huelga. En un país en que lo espiritual y lo temporal se hallan tan estrechamente vinculados, esa amenaza por parte de los religiosos tiene necesariamente un gran alcance.

El problema central es el de una reforma agraria, y algunos elementos de la oposición son plenamente conscientes de esa necesidad. Sin embargo, se suele pensar en una reforma técnica, realizada con grandes medios pero sin dirección política. Para muchos reformistas etíopes, formados a la americana, transformar la agricultura significa aumentar el número de tractores y de técnicos, reunir las parcelas agrícolas en unidades mayores con vistas a una más racional explotación y a un aumento de rendimiento. Hay que tener en cuenta que Etiopía es, desde el punto de vista agrícola, uno de los países potencialmente más ricos de África. Pero semejante reforma no tiene apenas posibilidades de triunfar. Hace varios años se presentó al parlamento un proyecto de ley que, por culpa de la oposición de los grandes propietarios, no ha sido ni aprobado ni rechazado (5).

(5) La existencia de un parlamento no debe llevarnos al error de creer que Etiopía es una monarquía constitucional. Los dipu-

En el sistema jerárquico actual, el colono no tiene más interés que el propietario en que se lleve a cabo una reforma de ese tipo, porque así se repartirían los beneficios, y ni el primero ni el segundo quiere que el otro se aproveche de sus inversiones en trabajo o en dinero. En la provincia de Arusi, los suecos pusieron en práctica un proyecto tras obtener del gobierno el compromiso —no mantenido— de aplicar la reforma en esa región del país; contrariamente a las previsiones, aumentó el número de parados, ya que los propietarios preferían reclutar a obreros agrícolas y librarse de los colonos; la producción ni siquiera se aproximó a las metas previstas.

La solución exige una redistribución de las tierras. Pero eso constituiría una auténtica revolución, y no es seguro que los campesinos cuenten ya con los medios necesarios para imponerla, ni que la clase dirigente no disponga de medios suficientes para impedirlo. Ya no quedan etíopes que no tengan nada de qué quejarse. El nuevo gobierno autoriza la difusión de todo tipo de quejas, esperando tal vez que sus posibles divergencias le permitirán provocar un enfrentamiento, una división entre los subordinados que a la postre no dejaría de beneficiarle. Parece como si el gobierno aceptase la sémbrada del pánico para mejor arrogarse después —y a su manera— el derecho a restablecer el orden.

Es probable que los problemas fronterizos que debe afrontar Etiopía lleven al Poder a invocar la unidad nacional y le ayudará a restablecer su autoridad sobre el ejército. Este último ha sido equipado en gran parte por los americanos, que apoyan al gobierno actual. La cuestión más grave es la que tiene planteada el Norte con motivo de Eritrea. Después de haber sido ocupada durante dos siglos por los otomanos, esta región fue invadida en 1885 por los italianos, que se instalaron en Asmara. Su avance hacia el Sur fue detenido en 1896 en Adua por el ejército de Menelik, pero los italianos conservaron los países conquistados, que llamaron Eritrea. No consiguieron sus fines hasta 1934, y fue sólo por poco tiempo, porque

dos no tienen ningún poder real, no pueden derrocar al gobierno que sólo es responsable ante el emperador. Por un decreto imperial de 1966, los ministros son responsables ante el primer ministro, pero esto depende del emperador y, de todas formas, el palacio no deja ninguna libertad real a los miembros del gabinete. Cualquier decisión del parlamento, sea cual fuera su naturaleza, exige la aprobación del rey de reyes para cobrar carácter ejecutivo. No es siquiera necesario añadir que los modos de designación de los senadores y de elección de los diputados no permiten el mínimo juego democrático.

los británicos liberaron Etiopía en 1941. Eritrea estuvo colocada bajo administración militar británica hasta 1952; después, la ONU votó una resolución que la convertía en una entidad autónoma federada con Etiopía. Para este país, la anexión era capital, pues le garantizaba el acceso al mar a través de dos puertos; además, el gobierno central mantenía el control sobre la defensa, las relaciones con el exterior y la administración de los territorios marítimos.

La población, que no se sentía ya etíope, toleraba mal esta dominación, y a raíz de una serie de actos de violencia cometidos por los musulmanes en el Oeste de la región, tuvo lugar una tremenda represión. Un año más tarde, en 1962, la asamblea de Eritrea decidió poner fin a la experiencia federal y aceptó la integración en el Imperio. Muchos ciudadanos de Eritrea consideraron dicha decisión como resultante de la corrupción. Desde entonces, el FLE (Frente de Liberación de Eritrea) reclama la independencia y lleva a cabo, a pesar de la represión, acciones guerrilleras; compuesto principalmente por musulmanes, se beneficia del apoyo, moral al menos, de varios países árabes. Pero Etiopía no puede permitirse el lujo de perder esa provincia, que en más de un sentido está más desarrollada que las demás. Los eritreos, por su parte, a pesar de o por haber sido colonizados, se consideran más calificados para la independencia. En realidad, eritreos y amaras comparten múltiples rasgos culturales: son hermanos enemigos, cada uno de los cuales trata de imponerle al otro su dominio.

En el Sur, por la parte de Somalia (las antiguas Somalias británica e italiana), la situación es distinta, de guerra fría. A raíz de su consecución de la independencia, en 1960, el gobierno de Mogadiscio quiso anexionarse Ogaden (en Etiopía), parte de Kenya y de la costa francesa de los somalíes, a fin de realizar la unidad de la nación sobre una base étnica. En 1963 estalló una breve guerra: los etíopes hicieron retroceder a sus adversarios hasta la línea fronteriza reivindicada por Addis-Abeba. Desde entonces, la mitad del ejército etíope está estacionado en Ogaden, y únicamente Haile Selassie puede impedirle que invada Somalia: el pasado mes de septiembre, durante una sesión de la OUA, el Negus se enteró de que sus tropas estaban a unas pocas horas de Mogadiscio y hubo de hacer uso de toda su influencia a fin de convencerles para que regresaran a sus cuarteles. Entonces se prefirió no hablar demasiado de este incidente, pero ambas partes están preparándose para una guerra, sobre todo ahora que la meseta de Ogaden huele a petróleo. ■ J. L.